

Que tu vida sea el mejor reflejo de mi nombre

Dios, hecho hombre, dio su vida por nosotros. Siendo todopoderoso, se encarnó para anunciar el mensaje del amor, y su entrega llegó hasta el final, muriendo en la cruz para salvarnos. Hoy recordamos aquel día; es un buen momento para reflexionar sobre qué quiere Él que hagamos con nuestras vidas. Nuestra salvación viene porque conocemos lo que Él hizo, por el ejemplo que nos dio. Y en su continua preocupación porque vivamos para entrar en el Reino de los Cielos, sigue mandándonos testimonios cercanos que nos recuerdan para qué hemos venido a la Tierra. Hagamos que nuestras vidas sean el mejor reflejo de su nombre.

Salmo 30

Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu

A ti, Señor, me acojo:

no quede yo nunca defraudado;

tú, que eres justo, ponme a salvo.

A tus manos encomiendo mi espíritu:

tú, el Dios leal, me librarás.

Soy la burla de todos mis enemigos,

la irrisión de mis vecinos,

el espanto de mis conocidos;

me ven por la calle, y escapan de mí.

Me han olvidado como a un muerto,

me han desechado como a un cacharro inútil.

Pero yo confío en ti, Señor,

te digo: «Tú eres mi Dios.»

En tu mano están mis azares;

líbrame de los enemigos que me persiguen.

Haz brillar tu rostro sobre tu siervo,
sálvame por tu misericordia.

Sed fuertes y valientes de corazón,
los que esperáis en el Señor.

Para Javi, de la comunidad del Perpetuo Socorro de Zaragoza, las Hermanas de la Caridad de Ruanda son santas cotidianas:

Pensando en algún santo que haya podido conocer a lo largo de mi vida, mi corazón me lleva a mis hermanas de Ruanda. Allí estuve de voluntariado colaborando con las Hermanas de la Caridad de Santa Ana y fue una experiencia que me cambió la vida; en buena parte gracias a ellas. Convivir con Berthilde, Agnes, Clarisse, Mathilde, Dolores y Gaudance fue el testimonio real más cercano que he tenido de unas vidas consagradas a ayudar a los demás. De unas vidas de entrega a la gente y a Dios, de renuncia a uno mismo y de sacrificio, de oración, de actividad inagotable y alegría continua. Ellas, como tantos otros misioneros en el mundo, un día decidieron abandonar sus vidas para dárselas a Jesús y a los demás, a los que más lo necesitan. Y cada día renuevan ese propósito. Ser testigo de ello fue uno de los mejores impulsos que he recibido para querer ser mejor cada día, para no olvidarme de que la mejor forma de vivir la vida, que se nos ha regalado, es regalándola de vuelta.



Oración

Hijo mío, que estás en la tierra,
haz que tu vida sea el mejor reflejo de mi nombre.
Adéntrate en mi reino en cada paso que des,
en cada decisión que tomes, en cada caricia y cada gesto.
Constrúyelo tú por mí, y conmigo.
Ésa es mi voluntad en la tierra y en el cielo.
Toma el pan cada día,
consciente de que es un privilegio y un milagro.
Perdono tus errores, tus caídas, tus abandonos,
pero haz tú lo mismo con la fragilidad de tus hermanos.
Lucha para seguir el camino correcto en la vida,
que yo estaré a tu lado.
Y no tengas miedo, que el mal no ha de tener en tu vida
la última palabra.

José María Rodríguez Olaizola, SJ

